

Retos del Diálogo Interreligioso al Diálogo Ecuménico

1. Convergencias y divergencias entre ambos diálogos

El cardenal Walter Kasper –presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los cristianos- al hablar de ecumenismo y su objetivo lo define como la unidad de la Iglesia en la fe, en los sacramentos, sobre todo en la común celebración de la eucaristía, y en el ministerio jerárquico. Tanto la base teológica cuanto el objeto del ecumenismo distinguen el diálogo ecuménico cualitativamente del diálogo interreligioso. Este último no es un ecumenismo alargado o un macro-ecumenismo, sino un diálogo sobre la base del mutuo respeto humano y religioso, con el objeto de llegar a una comprensión profundizada, de amistad y colaboración.

Etimológicamente, la palabra “ecumenismo” viene del término griego *oikoumene*, que significa “universal”. Aplicado a nuestro caso significa el movimiento que trata de reunir a todas las Iglesias cristianas de cara a la evangelización del mundo. El ecumenismo es una marcha hacia la unidad por la oración, la renovación o conversión y el diálogo para la misión.

La finalidad del diálogo ecuménico es la *plena comunión* de las Iglesias divididas actualmente. Llegar a cumplir la voluntad de Cristo de que todos sus discípulos sean uno. Creyentes todos en Jesús, los cristianos lo confiesan como el hijo de Dios y el hijo de María, verdadero Dios y verdadero hombre. Sintiendo ya unidos por lazos muy fuertes, aunque todavía imperfectamente desde el punto de vista eclesiológico, buscan la plenitud eclesial, aun sabedores que se mantendrán las ricas diversidades eclesiales.

El diálogo interreligioso quiere descubrir la presencia activa del Espíritu Santo en las tradiciones religiosas y busca qué está diciendo en este nivel profundo de experiencia religiosa. Por ello, el diálogo interreligioso se fundamenta en la propia fe y busca un crecimiento cada vez más profundo de esta propia

fe, que puede enriquecerse con otras experiencias venidas también del Espíritu Santo.

La finalidad del diálogo interreligioso nunca podría pretender la formación de una sola religión mundial. Tras el diálogo cada una mantendrá sus propias creencias y convicciones, sus tradiciones multiseculares y sus culturas. En plano positivo cabría afirmar que con este tipo de diálogo se pretende no sólo conocer, apreciar y respetar las otras experiencias religiosas, sino cooperar junto a las otras religiones en la solución de los grandes problemas de la humanidad: paz, justicia, ecología, entendimiento entre los pueblos, etc...

La metodología en este diálogo interreligioso no puede partir, como en el diálogo ecuménico en una visión común de lo divino-humano centrada en el nombre Jesús de Nazaret, sino que tendrá que recurrir al horizonte teocéntrico, que reagrupa a los creyentes en la trascendencia. Incluso en este aspecto deberán dilucidarse muchas cuestiones para ponerse de acuerdo en la idea trascendencia.

Dentro de estas diferencias se dan una serie de coincidencias entre ambos diálogos. Y la primera estriba en que ambos diálogos radican primeramente en la noción misma de diálogo. Tanto en el ecuménico como en el interreligioso se necesita una actitud abierta – el intento positivo de querer relacionarse con el interlocutor-, es decir, el talante de querer acercarse al otro; y el uso del método dialogal que rechaza por principio cualquier tipo de monólogo. Implica consecuentemente la salvaguarda de la propia identidad –sin lo cual es imposible el diálogo-, pero a la vez *supone el abrirse al diferente*, ofreciendo acogida y confianza.

Coinciden ambos tipo de diálogo también en el uso del diálogo mismo. No se emplea nunca para vencer, triunfar o incluso para convertir al otro, viendo en el otro al interlocutor, no al enemigo o adversario.

Y, finalmente, en ambos diálogos deben aparecer varias condiciones mínimas: el

saber colocarse en plano de igualdad (cualquier pretensión de superioridad por parte de un interlocutor podría arruinar el diálogo); la convicción de que el mundo espiritual del otro puede enriquecernos (reconocimiento, por tanto, de que su mundo espiritual es portador de valores salvíficos); la aceptación de la diversidad como condición no como obstáculo; y, por último, exclusión de cualquier forma de proselitismo que pretendiese usar el diálogo como tapadera para obtener fines inconfesables.

¿Qué decir de este planteamiento? ¿Es la línea que se pretende seguir en el futuro?

En este sentido en un artículo que se ha publicado recientemente, se recuerda que el Papa Juan Pablo II, en su primer encuentro con los representantes de todas religiones en la ciudad italiana de Asís (27 octubre de 1986), se dirigió a los participantes con estas palabras: “Es mi convicción de fe la que me hace dirigirme hacia vosotros con profundo amor y respeto”.

Pero unos días después de dicho encuentro hizo estas aclaraciones: “Podíamos viajar juntos y así lo hicimos. Podíamos dar un testimonio común a favor de la paz y así lo hicimos. Podíamos hacer un compromiso real para ser constructores de paz y así lo hicimos. Podíamos compartir la mesa y así lo hicimos” ¿Y rezar? No. **En el momento de las oraciones sabíamos que estábamos juntos para orar pero que no podemos orar juntos.** Solamente los cristianos oraron juntos por la paz en la Basílica inferior de San Francisco. Cada una de las otras religiones lo hicieron en lugares debidamente preparados para ello. ¿Por qué no? A juicio de Usma Gómez “*porque los cristianos profesamos el carácter definitivo y completo de la revelación en Jesucristo y, por los mismo, no podemos considerarlo como “complementario a otras presencias reveladoras y salvíficas”.* Si elevásemos una oración con representantes de otras religiones estaríamos desconociendo el valor universal de Jesucristo, único mediador, “porque no hay en el cielo otro Nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hech 4, 12).

Es a este nivel que la Jornada de Asís nos muestra cuanto sea cierto la afirmación que hemos elegido –afirma Usma Gómez– como título de nuestro artículo: “*el diálogo ecuménico y diálogo interreligioso, tan parecidos pero tan diferentes*”.



De este planteamiento solamente constatamos que el diálogo visto de esta forma, nos hace estar con cierto espíritu de superioridad y no en un plano de igualdad. ¿Es posible que la Iglesia vaya más allá de los paradigmas exclusivo e incluso cristocéntrico? ¿No dijo Jesús que llegará el momento en el que los verdaderos adoradores orarán en espíritu y verdad? ¿Qué sentido pueden tener esos encuentros con las demás religiones si ya de antemano nos mostramos con la verdad absoluta?

Decía el teólogo dominico Yves Congar que “nuestra teología puede haber un *cristocentrismo* que no es cristiano. Quién sabe si no es también uno de los sentidos del secreto mesiánico. Cualquier cristianismo que absolute al cristianismo (incluso a Cristo) y su revelación, sería *idolatría*”.

Pero a pesar de esta distinción aclaratoria, sin embargo quisiera demostrar cómo el diálogo interreligioso puede ser y en verdad lo está siendo un reto al diálogo ecuménico.

2. El diálogo interreligioso, un reto al diálogo ecuménico

¿Qué cristianismo es el que desea entrar o entra de hecho en el diálogo con las religiones? ¿Será un cristianismo dividido, como ha

sido habitual en la historia? ¿Qué confusiones pueden proceder de escuchar las distintas versiones de su doctrina?

En esto quiero recordar que la base bíblica del ecumenismo es la petición de Jesús al Padre para que “todos sean uno”. “Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn 17, 21).

En nuestra unidad –que no quiere ser uniformidad- se juega nuestra credibilidad y nuestra pretensión de ser la religión en la que la revelación ha llegado a su plenitud en Cristo. “La división contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura” (Juan Pablo II, *Ut unum sint*, 6) (UUS).

Existe pues una complementariedad en ambos diálogos, y ambos están exigiendo un revisión del concepto de ecumenismo que hemos entendido hasta el momento. Es decir de un ecumenismo más amplio e integral y sería adecuado a las exigencias del tiempo presente y permitiría a las diversas religiones contribuir de manera eficaz a la solución de los problemas de la humanidad.

En este sentido la Conferencia Episcopal India ha resaltado en sus Orientaciones para el Diálogo interreligioso (1989) cómo los dos diálogos se exigen y potencian sus ventajas como consecuencia de una benéfica interacción:

“De hecho, el pleno significado de la palabra “oikoumene” (toda la tierra habitada) está fundado en el diálogo con todos los pueblos y razas. La experiencia enseña que un diálogo organizado con gentes de fe distinta profundiza el espíritu ecuménico en los miembros de las diferentes denominaciones cristianas que participan en él, porque después de todo, cada Iglesia se hace más profundamente cristiana en la medida en que, como Jesús, se abre a si misma al diálogo con todos los hombres y mujeres. El ecumenismo en el sentido cristiano del término debe conducir naturalmente en nuestro país al lo que en ocasiones ha sido denominado “un ecumenismo más amplio”: al diálogo” (42-43).

Pero ¿qué retos plantea el diálogo interreligioso al diálogo interreligioso?

a) *En primer lugar el esfuerzo por la renovación del concepto de misión.*

Es decir de dar el salto de ir allí no solamente para que los otros se conviertan, sino

también para reconocer y aprender de los otros.

b) *Reconciliación para un testimonio común.*

La clara vocación evangelizadora choca con la escucha del mensaje que deseamos transmitir, que es Jesucristo. Esto lo puso bien claro la segunda Asamblea ecuménica europea de Graz (1997), que tenía como lema “Reconciliación: don de Dios y fuente de nueva vida”. Dice así:

“Confesamos juntos ante Dios que hemos oscurecido la unidad por la que oró Cristo. Hemos presentado al mundo, el espectáculo indigno de una cristiandad desgarrada por las divisiones. Ésta es una fatal consecuencia del hecho de que a través de la historia se ha sacado diferentes conclusiones para la vida de nuestras iglesias. Esto ha llevado con frecuencia a mutuas acusaciones, condenas y persecuciones. De esta manera la credibilidad de nuestro testimonio cristiano común se ha debilitado”.

Al final de este apartado, quisiera evocar la memoria de uno de los cristianos que más ha aportado al tema del diálogo ecuménico, me refiero al dominico P. Jean-Marie Tillard. Cuenta éste teólogo canadiense, recientemente fallecido, que un amigo suyo le comentó una vez: “Amigo Tillard, en nuestro universo usted desperdicia su tiempo y sus energías; sus disputas ecuménicas, sus diálogos en todas las direcciones, no son más que un sueño...” Tal vez –respondió Tillard-, pero los sueños tienen el poder de transformar el mundo si se los cree. Los cristianos están convencidos –y no son los únicos- de que el diálogo encuentra aquí su sentido. Un sueño loco, pero que en su fragilidad, alcanza lo que la carta a los Efesios dice de la cruz, ella también es locura, locura... ¡de Dios!

Así pues, el P. Tillard poco antes de morir estaba convencido que los sueños tienen el poder de transformar el mundo si se los cree.

En esta línea queremos caminar pues estamos convencidos que la unidad entre los cristianos y la paz entre las religiones se alcanzará. Es obra nuestra, pero es obra ante todo del Espíritu.

JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO
*Profesor del Instituto Superior de
Pastoral León XIII de Madrid*